3 1761 07286950 6

Palacios, Pedro Bonifacio
Poesías de Almafuerte

PQ
7797
P26P6

OBRAS DE

ALMAFUERTE

LA CANCIÓN DEL HOMBRE

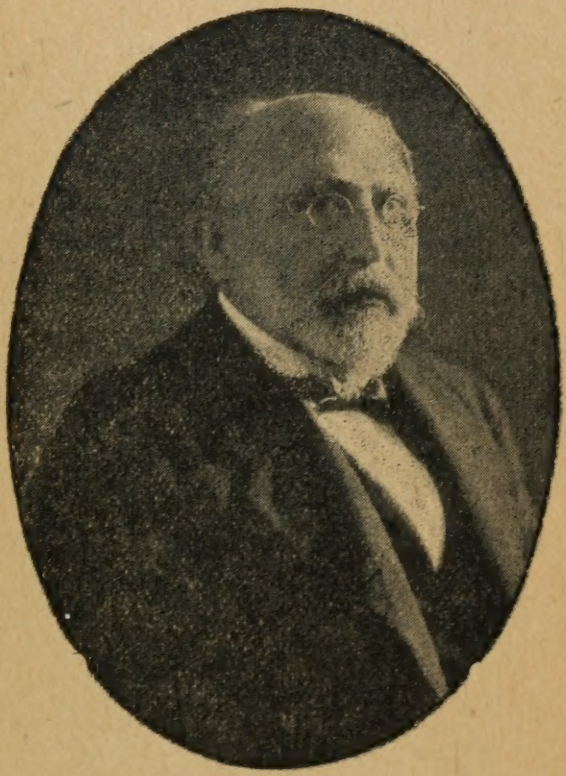
VIGILIAS AMARGAS

H. A. TOMMASI
Editor
BUENOS AIRES

POESIAS DE ALMAFUERTE

PQ
7797
P26P6

LIBRARY
NOV 24 1972
UNIVERSITY OF TORONTO



Pedro B. Palacios

(ALMAFUERTE)

LA CANCION DEL HOMBRE

LA CANCION DEL HOMBRE

Para una joven.

I

Me pides amor y voy,
sin poner y sin quitar,
para tu bien, a mostrar
lo que por adentro soy.
Para que comiences hoy,—
pues hoy mismo debe ser,—
resueltamente a romper
ese camarín rosado
donde me tiene guardado
tu corazón de mujer.

II

Yo soy el negro pinar
cuyo sombrío ramaje,
cual un colosal cordaje,
no cesa de resonar;
soy el resuello del mar,
del mar augusto y perverso:
la repercución, el verso,
la placa donde resuena
la formidable y serena
rotación del Universo.

III

Yo soy la brillante flor
con cuya sutil esencia
corta o alarga la ciencia
los dominios del Dolor;
yo siento el sacro furor
del Oráculo demente
y alumbra o quema mi frente
con su genial llamarada,
cual una zarza incendiada
que se retuerce doliente.

IV

Yo no podré cavilar
por más cavilar que quiera:
cual un insecto cualquiera
me desempeño al azar,
cual un sistema solar
me desdoblo en el misterio,
cual un ínfimo bacterio
me debato en el vacío,
cual un torrentoso río
busco la mar sin criterio.

V

Yo voy en recta fatal
hacia mi primer deseo;
yo no palpo, yo no veo
los muros de lo real;
jamás la fiebre carnal
conturbó mi luz interna;
ni por feroz ni por tierna
la pasión me deja rastro...
¡yo palpito como un astro
dentro de la paz eterna!

VI

Yo voy con el alma ufana
por más dolor que me oprima:
yo marcho por más que gima
toda mi miseria humana.
Yo siempre tuve por vana
la lengua de la opinión:
yo no indago la razón
del can que ladra mi sombra;
yo me río y hago alfombra
de cualquier admiración.

VII

Yo consigo la verdad
sin buscarla mucho rato:
yo procedo por mandato
de la gran Fatalidad.
Yo a la necia humanidad
la menosprecio y desgarro:
con las llantas de mi carro
de surcos hondos la lleno,
cual si corriese sin freno
por una pampa de barro.

VIII

Como el gemebundo mar,
cuando se pone a gemir,
ni pretende seducir,
ni pretende amedrentar,
yo no intento gobernar
las riendas del corazón;
pero yo no sé qué don,
qué providencia, qué ley
me habrá consagrado rey
del reino de la emoción.

IX

Por mí, tal vez, retroceden
los tiempos meditabundos,
como abren plaza los mundos
para que los mundos rueden;
cual se licúan y ceden
los hielos con el calor;
como bregan sin rumor
las fuerzas universales,
porque rían los rosales
con los labios de la flor.

X

Por no sé qué maldición
yo nací con una estrella,
como nacieron con ella
Moisés, Jesús y Nerón.
Para mi modelación
tuvo Dios un ideal,
pues me consumó cabal,
ras con ras de mi destino,
cual pudiera un asesino
labrar su propio puñal.

XI

Yo no tengo obligación
como los demás mortales,
de presentar bien cabales
las cuentas del corazón.
Yo siento la persuación,
la vez que me precipito,
de que voy en pos de un grito
que se dilata en la sombra:
de que me besa y me nombra
la boca de lo Infinito.

XII

Yo soy el buen soberano
de todas las almas mustias:
yo consuelo las angustias
de lo sucio y de lo insano.
Por eso cuando más vano
me iergo sobre mi nada,
si cruza la bocanada
del cubil o del hospicio,
mi gran corazón patricio
se renuncia y anonada.

XIII

Yo siento por el dolor
de la chusma miserable,
la suprema, la inefable
maternidad del amor.
Yo siento el mismo fervor.
del Cordero supersanto;
fervor tan profundo y tanto
que tendrá que evaporarme
y en la miseria regarme
como un diluvio de llanto.

XIV

Y como los grandes son
nada más que chusma vil
que desertó su cubil
por pura combinación,
cuando vuelven al montón
doloridos y maltrechos,
yo les entrego mis pechos
como la loba romana...
¡tan sólo la sobra humana
tiene sobre mí derechos!

XV

Yo proclamo lo que digo
sin meditar lo que dije:
ni me asombra ni me aflije
pensar que me contradigo.
Cualquier ideal persigo,
porque todos serán buenos:
los magines están llenos
de juicios que no se avienen
y las mismas cosas tienen
mil razones por lo menos.

XVI

Yo no pienso conjurar
la sociedad que me azota:
ni la sueño como gota
ni me asusta como mar.
¿Ni quién la podrá pensar
nada más que como nada?
¿ni quién la vió coronada,
sino por pura ficción?
¿ni quién le dió más razón
que su razón de majada?

XVII

Como perdura el visaje
y el ademán del histrión
lo que dura en la ficción
del drama, su personaje:
así la faz del chusmáje
pone su gesto en la historia;
así el alma en la memoria
de la perdurable sierva
ni merece ni conserva
los dedazos de la gloria.

XVIII

Como creemos dormidos
que duros bronces labramos,
como al despertar hallamos
los bronces desvanecidos:
sólo son los redimidos
por toda predicación,
duros bronces de ilusión
que no tienen de real
nada más que su infernal
trabajo de forjación.

XIX

Pero yo no quiero ser
ni riel, ni pauta, ni estrella:
como el hacha y la centella
corto y caigo sin querer:
tengo la pasión de hacer
cual un motor en mi pecho:
voy al caso, voy al hecho
yo no sé por qué pendiente...
como un niño que no siente
que duerme sobre su lecho.

XX

Sólo sé que soy mejor
por lo que me dejan solo:
si lo mejor es un polo,
no es polo de lo peor.
De mi estirpe superior
yo no estaría tan cierto,
si no me viese cubierto
de tétricas imposturas
como el mar y las alturas,
las tinieblas y el desierto.

XXI

Como en seguros corrales
necios pavipollos pían,
mientras al sol desafían,
las águilas imperiales:
los pavipollos mentales
militan en la legión
que murmura en el rincón
del establo de la prosa...
¡cobarde recua sarnosa
que se rasca en la razón!

XXII

Mi hogar, si tuviese hogar,
sería un huerto sellado;
tan solemne, tan aislado
como una roca en el mar.
Nido azul,—nido y altar,—
todo en él, luz y armonía;
pero a la primer falsía...
¡todo en él, espanto y duelo
como si el alma de Otelo
resplandeciese en la mía!

XXIII

Yo respeto en la Mujer
a la Madre, nada más,
y jamás, nunca jamás,
por su igual me ha de tener.
Virgen roja en el taller,
toga ilustre en los procesos,
Verbo mismo en los congresos
y genio mismo en las artes;
pero allí y en todas partes...
¡catedrática de besos!

XXIV

Yo soy de tal condición
que me habrás de maldecir;
porque tendrás que vivir
en eterna humillación.
Soy el alma, la visión,
flamígera de Luzbel
que soberbio como él,
como él quiere ser Dios,
¡yo soy una frente en pos
de una rama de laurel!

XXV

Yo soy un palmar plantado
sobre cal y pedregullo:
la floración del orgullo,
del orgullo sublimado!
Soy un esposo lanzado
por la región sideral;
ferviente garza real
que a la luz se precipita:
nimiedad que necesita
los besos de lo inmortal!

XXVI

Yo soy la Nada en acción,
cuyas tenias inhartables
sorberán inexorables
sol por sol la creación!
Yo no tengo corazón
como las olas del mar;
y si ellas quieren cavar
la roca que las encierra,
yo quiero poner la tierra
bajo mis pies y mandar!

XXVII

Yo, cada vez que me río,
pienso que ríe algún otro;
y cual si domase un potro
no me trato como a mío.
Soy la expresión del vacío,
de lo infecundo y lo yerto,
como ese polo desierto
donde toda hierba muere...
¡yo soy un muerto que quiere
que no le tengan por muerto!

XXVIII

Puesto que conoces ya,
la filiación y la historia
del que derramando gloria
por el Universo va;
y pues que tu alma quizá,—
por ser alma de mujer,—
ha de obstinarse en querer
lo que no quiero yo mismo,
frente a frente del abismo,
te mando retroceder!

VIGILIAS AMARGAS

VIGILIAS AMARGAS

I

Como las aguas muertas
Desparraman pestíferos vapores,
De juncos y flores
Y de brillos fantásticos cubiertas.

Y como al fin la gente,—
Ya su prole cual muertos insepultos,—
Descubre los ocultos
Focos de la malaria pestilente:

¡Oh, Calumnia cobarde,
Tu maldad, como un charco, ni se agita,
Y tu lengua maldita
Se arranca finalmente, pero tarde!

II

Tarde... Como hay estrellas
Que cerraron sus ojos soberanos
Y en los ojos humanos,
Ya muertas en el éter, viven ellas.

Tus perdurables signos
No los borra ni el mar... ¡mucho más anchas,
Donde fueron tus manchas
Dibujan otras manchas los malignos!

Tarde... Como en el suelo
Que abona el viejo Nilo en sus crecientes,
Germinan las simientes
Al primer gestador beso del cielo.

Las catervas esclavas
Repletas del rencor de sus fatigas,
Devuelven cien espigas
Por cada gota puerca de tus babas.

III

Tarde... Como traidora
La lengua de Don Juan va sugerente
Bruñendo la pendiente
Que conduce al nefasto "cuarto de hora".

Así, rufián hediondo,
Al propio corazón del que difamas
Le tientas y le llamas
Y le arrojas vencido a lo más hondo.

Así los caracteres
Más estoicos, más firmes, más concretos,
No sé por qué decretos
Vienen a ser al fin lo que tú quieres.

IV

Tarde... Los que tú lames
Para siempre jamás doblan sus lomos,
Egregios eccehomos
Ungidos de las mirras más infames,

Porque la frase artera
Que lanzas al azar y medio trunca,
Ya no se borra nunca
Ni aunque Dios, si hay un Dios, lo dispusiera.

V

Como va sin testigos,
Bajo el dosel astral del firmamento,
Desflorando el jumento
La fulgurante gloria de los trigos;

O como en el follaje,
Trémula de ponzoña, la serpiente
Fulmina de repente
La regia vida del león salvaje;

O como las carcomas,
En el frondoso, perfumado huerto,
Con diabólico acierto
Taladran la más bella de las pomas;

O como traicioneras,
Ya mordidas del mal que no se cura,
Sobre la faz más pura
Ponen su roja placa las rameras.

Tú matas, tú suprimes
La Virtud, el Honor, los Ideales,
Y has poblado hospitales
Con una multitud de almas sublimes.

VI

Por ti van cohibidas
Con los ojos en tierra cien mujeres,
Sólo porque tú quieres
Nada más que bellezas prostituídas;

Por ti, por tu mandato,
No llegan a ser madres las doncellas
Y apagan sus estrellas
En la iracunda paz del celibato;

Por ti los más garridos,
Los púberes Apolos más hermosos
Pasan por tenebrosos,
Por satánicos ángeles caídos;

Por ti van los aciagos,
Impulsivos demonios de los celos,
Bramando en los Otelos
Que surgieron al chisme de tus Yagos;

Por ti marchan sujetas
Al índice vulgar vidas preciosas
Sufriendo silenciosas
Una carrera diaria de baquetas;

Por ti, locuaz arpía,
Todos los seres, todos juntos gimen
Y la idea del crimen
Suele turbar a la razón más fría;

Por ti, blancos armiños
De máculas y taras están llenos...
¡Y no parecen buenos,
Santos y buenos, ni los propios niños!

VII

Tú tienes los secretos
Del reproche y el óbice y la mengua:
Tan sólo por tu lengua
Sócrates y Platón no son completos.

Por ti los inmortales,
En el mármol y el bronce redivivos,
Aguardan pensativos
Que caigan de una vez sus pedestales.

Tú acechas las subidas
Del Tabor de la gloria en un repliegue
Para que nadie llegue
Sin llevar en la faz tus escupidas.

Tú rompes las quimeras,
Los ensueños de luz, con un detalle,
Y en cada bocacalle
Con cuatro frases túrpidas imperas;

Por ti se para el carro
Del más gran triunfador donde tú mandes:
Tú obligas a los grandes
A ceñir un laurel sucio de barro...

¡Y tan bien les azotas
Y es tanto lo que injurias su grandeza,
Que sienten la tristeza
De no ser unos míseros idiotas!

VIII

Sí, Calumnia cobarde,
Tu maldad, como un charco, ni se agita,
Y tu lengua maldita
Se arranca finalmente, pero tarde;

Porque la frase artera
Que lanzas al azar y medio trunca,
Ya no se borra nunca,
Ni aunque Dios, si hay un Dios, lo dispusiera.

1907.

Obras editadas del mismo autor

La Inmortal.

Amorosas.

Incontrastable.

Apóstrofe-autógrafo.

Trío: El Misionero.—Jesús.—Cristianas.

PROXIMAMENTE

Madre (inédita) y otras composiciones.

Milongas clásicas.

ÚNICAS OBRAS AUTORIZADAS

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
7797
P26P6

Palacios, Pedro Bonifacio
Poesías de Almafuerte

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 14 03 08 015 4